

CAPÍTULO TERCERO

R. W. H. HARDY Y LA VISIÓN ANGLOSAJONA

Alfredo ÁVILA*

SUMARIO: I. *Introducción: prejuicios ingleses*. II. *R. W. H. Hardy*. III. *Impresiones*. IV. *La guerra del Yaqui*. V. *Nación mexicana, naciones indias*. VI. *Conclusión: la imposible integración*.

I. INTRODUCCIÓN: PREJUICIOS INGLESES

Entre los primeros viajeros que recibió México tras su Independencia pocos fueron tan expresivos como los de origen anglosajón. De algún modo, los franceses, italianos, españoles y sudamericanos que visitaron nuestro país en la tercera década del siglo XIX tenían preocupaciones e ideas muy parecidas a las nuestras, mientras que los ingleses y norteamericanos que por alguna razón estuvieron aquí poseían una tradición cultural e intereses completamente distintos a los de los mexicanos. El estudio clásico de la escalada viajera anglosajona hecho por Juan A. Ortega y Medina¹ ha resaltado cómo la postura crítica asumida por los ingleses y norteamericanos hacia México se debió, en buena medida, a las costumbres españolas heredadas por las nuevas repúblicas americanas. Para hombres como Joel Roberts Poinsett, pocas cosas eran tan insoportables como “*a ceremo-*

* Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ésta es una versión ligeramente distinta de la presentada en el simposium *Extranjeros en el México Decimonónico: Estado Nacional y Etnias Indígenas*, organizado por el Instituto de Investigaciones Jurídicas y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Dirección de Lingüística del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en el Auditorio Fray Bernardino de Sahagún del Museo Nacional de Antropología e Historia, el 20 de mayo de 1999. Agradezco las observaciones que en aquella ocasión se me hicieron, especialmente las de Manuel Ferrer Muñoz. Debo mucho a los comentarios de Dinorah, a quien dedico este trabajo.

1 Cfr. Ortega y Medina, Juan A., *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987, pp. 3-53.

nious Spanish dinner” ni nada más ridículo que los rituales de saludo y despedida de la aristocracia española, es decir, mexicana.² Así, según Ortega, la crítica y hasta el desprecio mostrados por dichos viajeros no eran otra cosa sino la continuación del conflicto anglohispano iniciado en el siglo XVI entre el misonéismo católico, tradicional español, y la modernidad protestante y capitalista de la “pérfida Albión”.³

Con ser tan certera esta apreciación, nos gustaría indicar otras razones de la incompreensión anglosajona ante el mundo hispanoamericano. Tanto ingleses como norteamericanos a principios del siglo XIX compartían una serie de valores que diferían notablemente del modelo de Estado nacional que estaba tratando de realizar México. No sólo es necesario apuntar que para la Monarquía británica hubiera sido mucho más conveniente que este país se constituyera como una Monarquía Constitucional o, cuando menos, como un Estado centralizado, capaz, por lo tanto, de garantizar las condiciones mínimas para que los comerciantes e inversionistas ingleses pudieran explotar las riquezas a las que antes de la Independencia no tenían acceso. Tampoco Estados Unidos quedó conforme con la forma de gobierno adoptada por México. Como hizo notar el radical norteamericano Edward Thornton Tayloe, secretario de la legación de su país en México, la simple copia de las instituciones republicanas y federativas no bastaba cuando la población carecía de las más elementales virtudes cívicas.⁴

La visión que estos hombres tuvieron de la población autóctona de México también puede ayudarnos a comprender su postura ante la construcción del Estado nacional mexicano y los problemas que estaba afrontando. Con esto queremos decir que, más que una fuente para el estudio de las condiciones del indígena y su participación en la formación nacional de México, los relatos de estos viajeros nos servirán para conocer sus prejuicios y las ideas que por entonces estaban en boga acerca de la ciudadanía y la nación. Nos percatamos de lo anterior cuando, por petición

2 Cfr. Poinsett, J. R., *Notes on Mexico made in the autumn of 1822*, Philadelphia, H. C. Carey and I. Lea, 1824, p. 15.

3 Acerca del reduccionismo de Ortega en esta interpretación véase González Ortiz, Cristina, *Asechanzas e intromisiones*, tesis de doctorado en historia, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1998.

4 Además Tayloe sabía que las instituciones mexicanas estaban inspiradas más bien en los principios revolucionarios franceses que en los de su país: cfr. Tayloe, Edward Thornton, *Mexico, 1825-1828. The journal and correspondence of Edward Thornton Tayloe*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1959, p. 129.

de Manuel Ferrer, iniciamos la lectura de la obra de Joel Poinsett con el propósito de hallar referencias a la situación de los indios en el entonces Imperio mexicano. No fue tan inesperado descubrir que había muy pocas menciones de los indios y que la mayoría de ellas tenían un carácter más bien folklórico; que si las tortillas eran azules en unas localidades, mientras que en otras eran blancas; que si el pulque, después de todo, no sabía tan mal como había dicho Humboldt. Tal como le sucedería al inglés William Bullock,⁵ casi siempre que Poinsett hablaba de indios se refería a los “aztekas” [sic] y sus avances prehispánicos, como el sistema de chinampas que aun podía apreciarse en la ciudad de México.⁶ Cuando analizó el “carácter nacional” de los indígenas sólo dijo que eran indolentes y sumisos, fanáticos y degradados por la dominación española, aunque (vale la pena resaltarlo) los incluyó dentro de lo nacional, lo mismo que consideró como mestizo al indio que tenía alguna propiedad.⁷

Ante el hecho de que no habríamos de encontrar más datos acerca de nuestro problema en la obra de Poinsett (e incluimos también su correspondencia posterior como diplomático) decidimos buscar en otros autores, pero al parecer había una constante en los viajeros que estuvieron en México en aquella primera década de vida independiente: el indio aparecía muy poco y, cuando se le mencionaba, había generalmente algún comentario despectivo con respecto a su indolencia, sandez y sumisión. Sólo hubo algunas raras excepciones, como George Frances Lyon, quien vio a los indios como un grupo agradable y no se creyó que estuvieran extinguiéndose, aunque los mencionó muy rara vez en su diario y admitió que como mejor estaban era viviendo aislados en sus villas sin ser molestados,⁸ es decir, que en un sentido estricto formaban un orden diferente en la República, como una nación dentro de otra. Más adelante volveremos sobre este importante punto.

La visión de los ingleses y norteamericanos sobre los indios de México no difería gran cosa de las percepciones que los propios criollos se habían formado. Tan temprano como en 1822, Simón Tadeo Ortiz de Ayala pronosticaba el crecimiento de los criollos en México en detrimento de otros grupos raciales. José María Luis Mora también afirmó que en

5 Cfr. Bullock, W., *Six months' residence and travels in Mexico*, Port Washington, Kennikat, 1971. Es edición facsímil de la londinense de John Murray, 1824-1825.

6 Cfr. Poinsett, *Notes on Mexico*, pp. 78-79.

7 Cfr. *ibidem*, pp. 119-120.

8 Cfr. Lyon, G. F., *Journal of a residence and tour in the Republic of Mexico in the year 1826*, Port Washington-London, Kennikat, 1971, vol. II, pp. 238-240.

breve la “raza bronceada” sería reemplazada por la blanca.⁹ En aquellos primeros años de vida independiente los indios no figuraban en los proyectos nacionales ni en la percepción que de México tenían los viajeros, pese a ser tan evidente su presencia. Extranjeros que se vincularon tanto con México, como Vicente Rocafuerte, José María Heredia o los radicales italianos Orazio Atelis y Florencio Galli no pusieron atención en ellos, y ni siquiera el litógrafo Claudio Linati, que adornaría las páginas del libro de Hardy, distinguió a la población indígena en sus obras, donde aparecen muy de vez en cuando. La ausencia del indígena en los proyectos de construcción de una nación moderna resulta bastante significativa, sobre todo cuando hombres como Henry George Ward resaltaron el indigenismo de la nueva nación, ese romanticismo neoazteca¹⁰ que, sin embargo, no incluía a los indios vivos, que formaban más de la mitad de la población.

Finalmente, nos decidimos por hacer una lectura detenida del teniente inglés Robert Hardy, quien tuvo una experiencia muy singular en aquellos años, pues no sólo conoció a los indios sumisos de la región central de la República, sino a los aguerridos del norte, ya que buena parte de su estancia en México fue en el estado de Sonora. También, a diferencia de algunos otros de sus compatriotas,¹¹ mostró un poco más de comprensión (pero no demasiada) hacia la población indígena y hacia México.

II. R. W. H. HARDY

Cuando Robert Williams Hale Hardy arribó a México ya tenía en su haber muchos viajes, pese a contar sólo treinta y un años. Desde muy joven ingresó en la marina real. José Ortiz Monasterio apunta algunos datos biográficos de importancia: sirvió en la *Royal William*, bajo las órdenes

9 Cfr. Ortiz de Ayala, Simón Tadeo, “La población de México al iniciar el siglo XIX”, *Examen* 108 [número especial: *Política de población*], octubre de 1998, pp. 55-63, y Mora, José María Luis, *Méjico y sus revoluciones*, París, Librería de Rosa, 1836, t. I, p. 72.

10 Así lo califica Ortega y Medina, *Zaguán abierto*, p. 5. Véase Ward, H. G., *México en 1827*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

11 Como algunos de los que ya hemos mencionado, entre quienes podemos incluir a Basil Hall (*Extracts from a journal, written on the coasts of Chili, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822*, 2a. ed., Edinburgh, Archibald Constable and Co., and London, Hurst, Robinson, and Co., 1824), a Mark Beaufoy (*A Sketch of the customs and society of Mexico*, analizado por J. A. Ortega y Medina, “Contumelia maledicti”, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, 9, 1983, pp. 283-298), o a William T. Penny, “México de 1824 a 1826. Cartas y diario”, en Ortega y Medina, Juan A., *Zaguán abierto*, pp. 55-214.

del almirante George Montagu. Como guardiamarina navegó por los mares del Sur de 1807 a 1813 y participó en la ocupación de Java. Al estallar la guerra entre la Gran Bretaña y Estados Unidos se trasladó en el *Asia* al Atlántico norte. Por su destacada participación en el sitio de Nueva Orleans obtuvo el grado de teniente. Poco tiempo después abandonó el servicio activo y participó en algunas empresas mercantiles en Sudamérica.¹² Por el propio relato de su viaje a México,¹³ sabemos que estuvo en Suiza, y por su redacción podemos darnos cuenta de que era un hombre instruido, ilustrado, pero ya romántico. Vino comisionado a México por la *General Pearl & Coral Fishery Association* de Londres, interesada en la explotación de criaderos de ostras perleras y de bancos de coral, aunque, en caso de no conseguir alguna concesión, debería conseguir informes acerca de las minas en Sonora y negociar las tarifas de impuestos más bajas posibles, para el comercio británico. Desde 1826, las compañías inglesas estaban muy entusiasmadas con la explotación y el tráfico perlero. Ese año el navío *Le Globe* se había presentado en el golfo californiano con una campana subacuática, pero un accidente terminó con la empresa. Quedó así demostrado que la mejor manera de obtener las codiciadas perlas era contratando buzos indígenas, capaces de pelear con tintoreras y conocedores de los lugares adecuados para la recolección de ostras.¹⁴ Por esta razón, Hardy se vio en la necesidad de relacionarse con los indios que podían proporcionarle ayuda.

El 15 de julio de 1825 se hallaba en la ciudad de México, donde conoció a los individuos más importantes de la política nacional. Consiguió rápidamente los permisos necesarios para partir rumbo al mar de Cortés. Pasó por Valladolid, Guadalajara, Tepic, Acaponeta, Escuinapa, Real del Rosario y Mazatlán. Allí embarcó rumbo a Guaymas, donde entró en contacto con sus paisanos B. Spencer y J. W. Johnson, que estaban casados

12 Cfr. Ortiz Monasterio, José, "Los médicos charlatanes en el siglo XIX. El caso del viajero inglés William [sic] Hardy", en *Un hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México, UNAM, 1993, p. 318. Hardy estuvo entre 1825 y 1828 en México. Poco se sabe de su vida después: en 1849 fue nombrado *fellow* de la *Royal Astronomical Society* y en 1861 se le nombró comandante de la marina real (lo cual puede hacer suponer que regresó al servicio de las armas). Murió en Bath en 1871.

13 Cfr. Hardy, R. W. H., *Travels in the interior of Mexico, in 1825, 1826, 1827, & 1828*, London, Henry Colburn and Richard Bentley, 1829.

14 Cfr. Combier, Cyrien, *Voyage au Golfe de Californie. Nuits de la Zone torride*, Paris, Art-hus Bertrand Editeur, s. a., pp. 311-317, apud Hernández Silva, Héctor Cuahtémoc, *Insurgencia y autonomía. Historia de los pueblos yaquis 1821-1916*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto Nacional Indigenista, 1996, pp. 163-168.

con bellísimas sonorenses. Por cierto, que nuestro viajero se sentiría fuertemente atraído por las mujeres de aquel estado, como la viuda del inglés J. P. Gaul. Después fue rumbo a Álamos y luego a Pitic (hoy Hermosillo). Sintió curiosidad por las minas, que no dejó de visitar. La política local, en cambio, no le interesó tanto. Asistió a algunas sesiones de la legislatura del Estado de Occidente, pero no lo impresionaron. Consideró que los legisladores eran incultos y que carecían de virtudes cívicas. Si fueron electos, suponía, era por sus habilidades oratorias, no por su posición y disposición de servicio. El regreso a su patria, sin haber encontrado los anhelados criaderos, lo realizó por tierra, por el camino de Chihuahua, Durango, Zacatecas, Guanajuato, Querétaro, México y, después, a Veracruz. Embarcó rumbo a Nueva York, ciudad que le sirvió para comparar los Estados Unidos con México. Mientras que en aquel país todo estaba limpio y sus habitantes eran industriosos y trabajadores, en el nuestro la suciedad imperaba y al menos los miembros de las clases más bajas eran perezosos y llenos de vicios. Aunque, como veremos, no todos los habitantes de México salieron tan mal librados.

A su regreso a Londres, Hardy publicó el relato de su viaje. Las características bibliográficas de la primera edición son las siguientes: *Travels / in the / interior of Mexico, / in 1825, 1826, 1827, & 1828. / By Lieut. R. W. H. Hardy, R. N. / London: / Henry Colburn and Richard Bentley, / New Burlington Street, / 1829. 22 cm., xiii + 540 pp., 6 láminas (copias de ilustraciones de Claudio Linati), 2 mapas (por el propio Hardy: uno de la República mexicana y otro de la desembocadura del río Colorado). Una segunda edición apareció muchos años después: *Travels in the interior of Mexico in Baja California and around the Sea of Cortés*, prólogo de David J. Weber, Glorieta, Nuevo México, The Rio Grande Press Inc., 1977. En 1982, Margo Glantz incluyó parte del relato de Hardy en *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, México, Fondo de Cultura Económica-Secretaría de Educación Pública, 1982; pero la traducción completa de su obra sólo se hizo en 1997: *Viajes por el interior de México en 1825, 1826, 1827 y 1828*, presentación de E. de la Torre, traducción de Antoinnete Hawayek, México, Trillas, 1997. Hardy fue autor, también, de *Incidental Remarks on the Properties of Light* (1856).¹⁵*

15 Los datos de la publicación de una parte del relato de Hardy en el libro de Margo Glantz y la noticia de la otra obra de nuestro autor están en Ortiz Monasterio, José, “Los médicos charlatanes en el siglo XIX”, pp. 318-319.

III. IMPRESIONES

La apreciación que Hardy hizo sobre los indios está permeada por varias expresiones de sorpresa e incredulidad. Le llamó la atención el estado primitivo y atrasado en el que vivían las tribus del norte. Sin embargo, no los subestimó. Para él, los indios eran hombres capaces de desarrollar sus habilidades y reconoció sus logros y conocimientos, como la fitomedicina de los tarahumaras y las peligrosas y venenosas ocurrencias de los seris. Algunas actitudes de los indios no sólo le interesaron sino que despertaron algunos sentimientos, como el afecto y el aprecio por las relaciones familiares que se daban entre ellos y que, a decir de Hardy, no siempre las tenían sus vecinos cristianos.¹⁶ Como buen inglés criticó acremente a los religiosos católicos que intentaban evangelizar a los indios y resaltó el pésimo estado de las misiones, lugares más de corrupción que de enseñanza. Aunque, por nuestra parte, hemos de recordar que para esos años el sistema misional en el norte del país ya había visto sus mejores tiempos.

Nuestro autor trató de ganarse a los naturales de Sonora. Se interesó en sus costumbres y mercaderías. Se hizo pasar por comerciante para poder acercarse mejor a ellos y, en una ocasión, compró un par de niños axüas para ganarse a los miembros de ese grupo y evitar que lo atacaran.¹⁷ También era un gran admirador de la belleza femenina y no fueron pocas las ocasiones en que alabó la simpatía o bondad de alguna mujer indígena, pero sobre todo sus formas corporales, que lo entusiasmaron mucho. En una ocasión, en un viaje por el río Gila, Hardy procuró salvar a dos personas que habían caído al agua. Cuando tomó la mano del primer indio náufrago, quedó sorprendido de que fuera una bella indígena:

a young lady, of about sixteen or seventeen years of age. She no sooner found herself in safety, than fear gave way to maiden modesty; and she looked about for her bark petticoat; but, alas! the angry tide had borne it in triumph away! Therefore, with great gallantry, I took off my jacket, which I presented to her. This she accepted, and sat down with the utmost coolness on the deck. I then sent for the young lady, as being a more commodious covering than my jacket. Surprised at so unusual a visit, and in a mode so extraordinary, nor less astonished at the beauty of the damsel than by the singularity of her unadornments, I was anxious to learn the motive of her appearance; and by way of conciliation, I gave her some bis-

16 Cfr. Hardy, R. W. H., *Travels*, pp. 300-301.

17 Cfr. *ibidem*, p. 368.

*cuit and frijoles, which were still warm; these she devoured with perfect good humour. Her age, as I have already stated, might have been sixteen or seventeen; rather tall than short, with enough flesh on her bones to hide the sharpness of their angles; countenance dark, and not only exceedingly handsome, but with an expression of countenance peculiarly feminine. Her neck and wrists were adorned with shells curiously strung; her hair, which was dripping wet, fell in a graceful ringlets about her delicate shoulders, and her figure was straight and extremely well proportioned.*¹⁸

Estos detalles son sumamente importantes, pues nos revelan que Hardy era capaz de encontrar en los indios virtudes que muchos blancos (incluidos mexicanos) se negaban a ver. En pocas palabras, la población indígena no era inferior ni menos virtuosa que la blanca, por lo que le chocaba que siguieran pagando tributo. Los indios no le desagradaban, aunque otra cosa eran los mestizos. Los de Loreto le parecieron de un color “verde aceituna”, sucio y opaco, lo que demostraba lo desafortunado de la mezcla de las razas india y española.¹⁹

El romántico teniente inglés consideraba, inclusive, que los blancos podían aprender de los indios, no sólo por su conocimiento de las riquezas naturales, que nuestro ávido viajero siempre trató de descubrir, sino sobre todo por la sabiduría que se habían ido formando en el diario fatigar del desierto y la vida en estado natural. Hardy mismo, que se había formado rápidamente una buena reputación como médico (aunque no lo era, pero había hecho lo posible por “curar” a las enfermizas damas del noroeste), admitía que los conocimientos de los apaches para curar heridas eran muy buenos. Conocían las propiedades de las yerbas y era de desearse que jóvenes europeos fueran a estudiarlas con ellos.²⁰

IV. LA GUERRA DEL YAQUI

Los años en que Hardy estuvo en Sonora fueron muy violentos. Desde mediados del siglo XVIII hubo serios levantamientos indígenas en la región, que ocasionaron graves problemas a las autoridades españolas. En 1820, dos soldados ópatas que defendían el territorio de la entonces provincia de Arizpe de los ataques apaches, se rebelaron. Entre sus motivos

18 *Ibidem*, pp. 363-364.

19 *Cfr. ibidem*, p. 245.

20 *Cfr. ibidem*, p. 419. Acerca de su dudosa calidad de médico véase Ortiz Monasterio, José, “Los médicos charlatanes en el siglo XIX”.

estaba la falta de pagos para los soldados de los presidios, pero también había un fuerte descontento en la región por otras causas. Desde fechas muy tempranas, los jefes militares habían cometido la imprudencia de reclutar indígenas para combatir a los fieros apaches y de inmiscuirse en los asuntos internos de las tribus que colaboraban en esta tarea.²¹

Los criollos vieron en estos movimientos intentos contrarrevolucionarios que pretendían volver las cosas al estado que guardaban durante el régimen absolutista virreinal. De hecho, desde antes de la Independencia, las leyes constitucionales españolas habían establecido la igualdad legal de los ciudadanos, ignorando así la tradicional división entre “gente de razón” y los naturales. El Imperio de Agustín de Iturbide y la República federal también procuraron sentar las bases de una sociedad jurídicamente igualitaria, en la cual todos los individuos contaban con derechos que los protegían. Sin embargo, para las comunidades indígenas los nuevos derechos no fueron siempre eficaces sustitutos de los antiguos privilegios.²² En el caso del Estado de Occidente la situación no fue muy distinta a la tendencia general. Según su Constitución, no había distinción entre los ciudadanos sonorenses, que tenían los mismos derechos y obligaciones, y la ley se aplicaría por igual en todos los casos. Al abolir la esclavitud, también liberaba a los indios que hasta entonces habían vivido en tan miserable estado y los elevaba a la categoría de ciudadanos libres. En teoría, esto beneficiaba a la población indígena, aunque no todos estuvieron contentos al perder sus privilegios comunitarios. Además, esas nuevas leyes tan justas y equitativas incluían algunas restricciones. Por ejemplo, perdían la ciudadanía los hombres de conducta viciosa y corrupta; los vagos y quienes no tenían oficio; quienes no supieran leer y escribir, y los que anduvieran desnudos. Se excluía de este artículo a los “ciudadanos indígenas”, pero sólo hasta 1850, cuando se suponía que quedarían bien integrados en la nueva sociedad sonorensis o, por lo menos, se alejarían de sus depravadas costumbres, como la de andar en cueros.²³

21 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1998, p. 359.

22 Cfr. *ibidem*, pp. 155-157. El caso de la ciudad de México puede apreciarse en Lira, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, 2a. ed., México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1995.

23 Cfr. Constitución del Estado de Occidente [Sonora y Sinaloa], artículo 28, fracciones 6a. y 12a., en *Colección de Constituciones de los Estados Unidos Mexicanos. Régimen constitucional, 1824* (facsimil de la edición de 1828), México, Miguel Ángel Porrúa, Libero-Editor, 1988, vol. III, pp. 14-15.

Según Moisés González Navarro, detrás de los plausibles empeños legales por dar igualdad al indio y a los demás mexicanos, se hallaba el censurable deseo de los blancos de apropiarse de las tierras comunales que hasta entonces había protegido la ley colonial.²⁴ En el caso de las fértiles riberas del Yaqui terminó ocurriendo eso. En la misma Constitución estatal se establecía que el Congreso quedaba facultado para “arreglar” los límites de los terrenos de los “ciudadanos indígenas”. La futura Constitución del estado de Sonora de 1831 no haría sino ratificar y ampliar las facultades estatales para intervenir en los asuntos de los pueblos indios.²⁵ Cuando las nuevas autoridades quisieron realizar la medición de las tierras de los yaquis, con el objetivo de fijar impuestos y establecer un gobierno local, comenzaron las protestas y el enfrentamiento, en 1825, de las fuerzas indígenas contra las mexicanas. Este intento de intromisión en los asuntos comunales y la torpeza con que fue llevado por las autoridades estatales motivaron un conflicto que duraría casi una década, de tal importancia que el ejército y los poderes federales tuvieron que intervenir.²⁶

Hardy describió en varias ocasiones el terror que causaba entre la población blanca la sola noticia de que se acercaban los yaquis. En marzo de 1826, rumbo a Álamos, encontró una gran cantidad de gente que huía, despavorida, del avance de los rebeldes, que, según él, estaban diseminados por toda la región.²⁷ Su apreciación no era tan errónea, pues la zona controlada por el líder Juan Banderas (de quien hablaremos poco después) era muy extensa, y abarcaba desde San Miguel Horcasitas y Tepache (más de cien kilómetros al norte y noreste de Pitic) hasta El Fuerte (unos setenta kilómetros al sur de Álamos).²⁸ En estas poblaciones se había establecido un sistema de vigilancia y de alarma permanente, pues las partidas de indígenas solían caer de manera imprevista y causar enormes estragos. Recientemente había sido derrotado el coronel Guerrero, por lo

24 Cfr. González Navarro, Moisés, “Instituciones indígenas en el México independiente”, en *La política indigenista en México. Métodos y resultados*, 3a. ed., México, Instituto Nacional Indigenista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, t.1, pp. 209-313.

25 Cfr. Constitución del Estado de Occidente, artículo 109, fracción 18, en *Colección de constituciones*, vol. III, p. 39; Constitución de Sonora, artículo 33, fracción 15 y artículo 59, *apud* Hernández Silva, Héctor Cuauhtémoc, *Insurgencia y autonomía*, p. 88.

26 Cfr. Spicer, Edward H., *Los Yaquis. Historia de una cultura*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994, p. 161, y Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 358-359.

27 Cfr. Hardy, R. W. H., *Travels*, p. 170.

28 Véase el mapa “Área en Sonora y Sinaloa controlada por Juan Banderas, 1825-1828”, Spicer, Edward H., *Los Yaquis*, p. 164

que la población andaba muy preocupada. El 6 de abril de 1826, en la villa del Fuerte, Hardy presenció el enorme temor que los blancos tenían a los yaquis. Ante el grito de alarma, las mujeres sufrieron desmayos y sobresaltos (que nuestro caballeroso teniente inglés curó rápidamente) mientras que las autoridades fueron a meterse en sus casas, presas del pánico.²⁹ Para mediados de junio, los yaquis habían ocupado la mayor parte de los caminos y cortado las comunicaciones, con lo que se hacía muy difícil tener noticias de qué ocurría en otras partes. El propio Hardy tuvo que retrasar su viaje hacia Álamos por no contar con la seguridad necesaria y porque no había medios para realizarlo. Finalmente consiguió tres burros y pudo llegar a su destino, aunque al pasar por San Vicente, donde Guerrero había sido derrotado, se dio cuenta de la brutalidad de aquella guerra y de lo que podían esperar los blancos que transitaban por ahí.³⁰

El jefe de los rebeldes era Juan Banderas, quien sólo merece alabanzas por parte de nuestro autor. Sus medidas militares eran tan “prudentes” que había logrado despistar en más de una ocasión a las fuerzas del general Figueroa, quien andaba tras él. También logró enfrentar una rebelión interna del movimiento, encabezada por un jefe llamado Cienfuegos, quien se hacía llamar “legítimo jefe de la nación”.³¹ “El talento de Banderas y el miedo que su presencia inspiraba” lograron la final derrota de Cienfuegos, quien en realidad estaba en conchabanza con los blancos.³² Juan Ignacio Jusacamea, verdadero nombre de Banderas, nunca logró el control completo de todos los pueblos yaquis, pero se le consideraba un líder espiritual y militar de gran capacidad, elegido por la virgen de Guadalupe para recuperar la corona de Moctezuma que había sido arrebatada por los gachupines. Resulta interesante resaltar también que, con esta guerra, los yaquis consolidaron su espacio y su identidad étnica.³³

Nuestro viajero ya no alcanzó a ver el final de la contienda. Cuando él partió de la República los yaquis seguían controlando buena parte del territorio sonorense. La situación para los criollos que se habían hecho del poder con la Independencia no podía ser más difícil. Sin el trabajo de los indios, como bien lo notó Hardy, no se cultivaba maíz, deficiencia que

29 Cfr. Hardy, R. W. H., *Travels*, pp. 189-195.

30 Cfr. *ibidem*, p. 169. Aunque el terror no sólo lo aplicaban los indios, sino también los blancos que creyeron en la posibilidad de exterminar a todos los rebeldes: cfr. *ibidem*, p. 200.

31 *Ibidem*, p. 198. Subrayado en el original.

32 Cfr. *ibidem*, p. 199.y

33 Cfr. Spicer, Edward H., *Los Yaquis*, pp. 162-163, y Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 323 y 353-356.

se observaba hasta en las mesas de las autoridades militares. El comercio también se vio afectado y el costo de la fanega de maíz en los Álamos alcanzaba nueve o diez pesos.³⁴ Resulta notable que pese a los inconvenientes ocasionados por la “revolución de los yaquis” y al temor que despertaban, Hardy los admirara, especialmente a Juan Banderas, y no dudara en calificarlos como un pueblo “útil, laborioso y pacífico por naturaleza”.³⁵ Más adelante volveremos sobre la importancia de estas virtudes.

V. NACIÓN MEXICANA, NACIONES INDIAS

En su narración, Hardy diferencia constantemente a los yaquis y otros grupos indígenas de los “mexicanos” o población blanca de Sonora. Tampoco resulta extraño que rara vez llame a los naturales con el nombre de “indio”, pues prefería referirse a los yaquis, seris, apaches y axüas, identificándolos como naciones independientes. En esto, no hacía más que seguir la costumbre inglesa, que los norteamericanos estaban llevando a la práctica, de no asimilar a los indígenas dentro de su propia nación, sino que los consideraban extranjeros. Así sucedió con irlandeses, galeses y escoceses en las islas Británicas, lo que permitió la fuerte supervivencia de esos grupos y su eventual transformación en “naciones”, tal como las entendemos hoy; pero también con los indios de Estados Unidos, que fueron virtualmente exterminados. Es importante notar esta diferencia entre la actitud anglosajona y la hispánica, cuyo principio fue la asimilación de la población aborigen, aunque no siempre la lograra. De ahí la incompreensión que se presentó entre los comisionados mexicanos y Joel Roberts Poinsett cuando trataron de los indios que habitaban entre los dos países.³⁶

Los sonorenses, por su parte, ante la rebelión indígena también cayeron en la tentación de diferenciar entre estas naciones y la mexicana. Finalmente consideraron a los indios únicamente como individuos en rebeldía, pero no podían ocultar que formaban “como una nación independiente” de la mexicana.³⁷ La nación, en un sentido moderno, implica homogenei-

34 Cfr. Hardy, R. W. H., *Travels*, pp. 205 y 246.

35 *Ibidem*, p. 92.

36 Véase “Tercero y Cuarto protocolos entre los comisionados de México y los Estados Unidos, 19 y 27 de septiembre de 1825”, *Documentos de la relación de México con los Estados Unidos I. El mester político de Poinsett*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, pp. 104-105 y 113-115.

37 Cfr. Ferrer Muñoz, Manuel y Bono López, María, *Pueblos indígenas y Estado nacional en México en el siglo XIX*, pp. 550-551.

dad. Si las definiciones académicas más recientes conciben a la nación como una comunidad imaginada,³⁸ los nacionalistas exigen identidad. ¿Cómo podía formarse la nación mexicana a principios del siglo XIX con grupos tan diversos? Eric Hobsbawm ha señalado que, desde un punto de vista liberal, la igualdad entre los ciudadanos era la finalidad del nuevo Estado, no su fundamento. Así, la Francia revolucionaria podía integrar a distintos grupos lingüísticos y étnicos en “*la grande nation*”.³⁹ Empero, Hardy no compartía todos los postulados del liberalismo. Más cerca del romanticismo, insistía en diferenciar a los indígenas de los mexicanos. Procuró no confundir a los diversos grupos que habitaban Sonora: ópatas, apaches, pimas, yaquis, mayos, yumas y tarahumaras.⁴⁰ Algunos de ellos parecían, a los ojos de Hardy, la personificación del buen salvaje, como los yaquis, de quienes ya hemos hablado. Sus descripciones traen a la memoria algunas de las características que Jean Jacques Rousseau apuntaba para el hombre “en estado de naturaleza”. En cambio, los indios que cohabitaban con los cristianos, como los seris de Pitic, “se habían dejado domeñar por los vicios y han perdido la pasión del guerrero”. Tampoco dudaba en llamarlos estúpidos y cobardes.⁴¹ Subrayo la palabra vicios, pues no es extraño hallar en la obra de Hardy menciones a las virtudes de otros pueblos, como los yaquis, laboriosos, útiles (aquí hay secuelas de Jeremy Bentham) y, sobre todo, buenos guerreros, que defienden su libertad y sus tierras. Entre los seris de la costa encontró incluso virtudes domésticas propias de pueblos más refinados, que mantenían muy estrechas las relaciones familiares entre ellos.⁴² Esos seris, al igual que los yaquis, eran fieros y audaces guerreros, y la gente blanca se había formado varias leyendas acerca de tesoros ocultos en la isla de Tiburón, vigilados por sus feroces cancerberos. La verdad, señalaba Hardy, es que los indios que habitaban tanto en la isla como en la costa del continente no tenían tesoro alguno, únicamente defendían su libertad.⁴³

A diferencia de los viciosos y degenerados seris que vivían en Pitic, los de la isla de Tiburón eran, según nuestro autor, fornidos, altos y de muy buen cuerpo. No eran tan feroces como afirmaban los blancos y las

38 Cfr. Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 23.

39 Cfr. Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 29.

40 Cfr. Hardy, R. W. H., *Travels*, p. 437.

41 Cfr. *ibidem*, p. 95.

42 Cfr. *ibidem*, p. 300.

43 Cfr. *ibidem*, pp. 107-108.

mujeres tenían un semblante tierno. Los hombres siempre usaban sus arcos y flechas, que según decían, estaban envenenadas con extrañas fórmulas. También llevaban macanas, empleadas en la lucha cuerpo a cuerpo, pero sobre todo usaban una lanza de doble punta para pescar. La historia de que escondían oro y otras riquezas era un mito, como pudo probarlo Hardy. Según los seris, esos cuentos resultaban peligrosos, pues incitaban a los odiados blancos a someterlos.⁴⁴ Sin embargo, permanecían independientes. Juntos sumaban quinientos o seiscientos indios, pero tal vez eran mil. Eran excelentes combatientes, pero casi siempre peleaban entre sí. El grupo de Tiburón afirmaba que los seris del continente eran menos valientes y capaces para la guerra, por lo que frecuentemente lanzaban incursiones en su contra, de las que obtenían, casi siempre, un buen botín.⁴⁵

Otra “nación” india que se lleva varias páginas de descripción es la de los axüas. Al leerla, no podemos menos que recordar *El Informe* de Brodie. Vivían cerca del río Colorado y eran los seres más asquerosos que había visto. Se adornaban los cabellos y el cuerpo entero con barro y, cuando hacía calor, se revolcaban en el lodo. Sin embargo, como anotó nuestro viajero, lo hacían para refrescarse en los insoportables días del verano norteco. Eran medianos de estatura, tal vez bajos. Les faltaba agilidad, de manera que parecían estar mejor constituidos para los trabajos pesados que para la caza. Solían estar desnudos y no tenían más pieles que unas cuantas de zorra. Desde la frente hasta el labio superior se maquillaban de negro, con carbón molido. Otros usaban un polvo amarillo y no faltaba quien se embarrara un color rojo, obtenido del ocre. Esa combinación de colores, junto con el barro de los cabellos daban una imagen monstruosa que, sin embargo, alguna utilidad tendría. Hardy hace notar que dada la gran cantidad de insectos que vivían en los márgenes del río, los axüas lograban evadirlos con el lodo, que una vez seco, impedía los piquetes de esos bichos. Se alimentaban de pescado, frutas, vegetales y semillas de pasto. Sus armas eran también arcos y flechas, lanzas y macanas. Solían sufrir el escorbuto.⁴⁶

La pobreza entre los axüas era enorme. A tal grado, que resultaba sólito que los padres vendieran a sus hijos. Así, no sólo se deshacían de unas bocas que exigían alimento, sino que al menos garantizaban que sus

44 *Cfr. ibidem*, pp. 289-291.

45 *Cfr. ibidem*, pp. 298-299.

46 *Cfr. ibidem*, pp. 368 y 370.

vástagos crecieran entre la población blanca de Sonora, donde nunca faltaba un alma caritativa que les proporcionara comida, casa y educación. Aunque muchos hombres regresaban a su comunidad cuando crecían, las mujeres se casaban con otros indios cerca de donde estaban las señoras a quienes servían.⁴⁷ Los indios poderosos no vendían a sus hijos, de manera que Hardy podía deducir que esta práctica se debía, sin duda, a la pobreza de la mayoría. Él mismo tuvo que comprar un par de chiquillos “que ahora son libres y son educados por dos buenas familias [de] Sonora”. Así podía sentirse más seguro entre aquellos indios, pues suponía que no sería atacado teniendo a dos de sus niños.⁴⁸

VI. CONCLUSIÓN: LA IMPOSIBLE INTEGRACIÓN

La nación moderna, en un sentido liberal, está formada por ciudadanos, no sólo iguales ante la ley, sino con las mismas obligaciones y derechos. Sin embargo, la inserción del individuo en la ciudadanía también implica una transformación más íntima, se requiere ser virtuoso. Lo que diferencia a un súbdito de un ciudadano es que el primero está sujeto a la voluntad de otro, es sumiso, mientras que el ciudadano es libre y lucha por conservar su libertad e independencia, de ser necesario (y como quería Maquiavelo) con las armas en la mano. Hardy nunca lo dice, pero los yaquis eran una especie de ciudadanos, no mexicanos sino de su propia nación. Estudios más recientes han corroborado esto. Edward Spicer ha definido a estos indios como un “pueblo resistente” a los embates de la formación del Estado nacional moderno.

¿Qué ocurría cuando estas naciones se diluían en la sociedad mexicana? Una de las grandes ventajas de la narración de Hardy es que conoció no únicamente a las bravas tribus norteadas, sino a los más apacibles indios del centro de México, por donde pasó en su camino de ida y vuelta. Su primera opinión es demoledora. Los indios del Estado de México no le parecieron más inteligentes que una mula,⁴⁹ y seres con tales características difícilmente podían ser ciudadanos de una nación. Se le mostraron apáticos, capaces de dejarse atropellar en vez de desviar su camino, y tan idólatras como en tiempos de “los montezumas”, con la diferencia de que ahora sus ritos los practicaban con ídolos católicos. Para nuestro autor no

47 *Cfr. ibidem*, p. 371.

48 *Cfr. ibidem*, p. 365.

49 La siguiente descripción está tomada de las páginas 526 y 527 de la obra de Hardy.

había dudas acerca del origen de aquella situación: los trescientos años de colonización española. Podía admitir que los indios formaban una de las clases más activas de la sociedad, pues suministraban alimentos, realizaban las labores manuales y los trabajos más pesados y hasta admiró sus trabajos de cestería y alfarería, pero nada de esto los salvaba. Recordemos que los seris de Pitic tampoco salieron bien librados. Tayloe, de quien ya hemos hablado, no creía que las comunidades indígenas fueran algo más que villas miserables,⁵⁰ y esto no sólo se debía a su pobreza. Poinsett llegó a admirar a los empobrecidos pero emprendedores rancheros mexicanos, seguramente todavía imbuido por los ideales norteamericanos que veían en los granjeros el fundamento de una República libre, honesta y virtuosa, pero no podía decir lo mismo de los indios, pues aunque “laboriosos, pacientes y sumisos, eran lamentablemente ignorantes”.⁵¹

La integración de los indígenas resultaba no sólo difícil sino indeseable, ya que una vez lograda corrompía, enviaba las nobles y viriles almas de aquellos hombres que vivían en estado natural. Nuevamente nos viene a la memoria Rousseau y no es casual. No porque nuestro autor siguiera las enseñanzas del precursor del romanticismo europeo, sino porque la situación que pudo apreciar en el norte de México se prestaba para tal interpretación. Los yaquis y los seris libres eran virtuosos, valientes y laboriosos, mientras que los indios de Pitic y los del centro de México eran viciosos, cobardes y sumisos. Inclusive los “asquerosos” axúas pudieron salir bien librados. Eran pobres, pero procuraban lo mejor para sus descendientes al entregarlos a las familias caritativas de Sonora, conseguían su propia comida y, si su aspecto era tan monstruoso (como tantas veces insistió), se debía a las características de la región donde vivían.

Para concluir, permítasenos insistir en que la peculiar visión anglosajona de Hardy sobre los indios se debía no sólo a sus prejuicios sobre las antiguas colonias españolas sino también a las ideas que en esa época se tenían acerca de la participación de los ciudadanos en la construcción de la nación y las características que éstos debían poseer. La terrible paradoja que los viajeros anglosajones pero especialmente Hardy vieron en los indios es que mantenían sus virtudes si permanecían como naciones independientes, pero al integrarse en la nación mexicana las perdían.

50 Cfr. Tayloe, E. T., *Mexico*, p. 130.

51 J. R. Poinsett al secretario de estado de los Estados Unidos, Martin van Buren, México, 1 de marzo de 1829, en *Documentos de la Relación entre México y los Estados Unidos*, pp. 385-400. La cita textual en la p. 387.